

JEAN-LUC NANCY

# Sexistencia

*Acompañado de un frontispicio  
de Miquel Barceló*

Con un prefacio de Jean-Luc Nancy

Introducción y traducción de  
Cristina Rodríguez Marciel y Jordi Massó Castilla

GRANADA

2020

COLECCIÓN FILOSOFÍA Y PENSAMIENTO  
SERIE CUESTIONES ABIERTAS

*Directores:*

Luis Sáez Rueda, Óscar Barroso Fernández y Javier de la Higuera Espín.

*Consejo Asesor:*

Remedios Ávila (UGR); María Eugenia Borsani (U. de Comahue-CEAPEDI, Argentina); Antonio Campillo (U. de Murcia); Victoria Camps (UAB); Germán Cano (U. de Alcalá de Henares); Pedro Cerezo (Real Academia de CC. Morales y Políticas); Andrés Covarrubias (PUC de Chile); Manuel Cruz (U. de Barcelona); Roberto Esposito (Instituto de Ciencias Humanas, Italia); Marina Garcés (U. de Zaragoza); Juan Francisco G. Casanova (UGR); Alain Jugnon (Nantes); Johannes Kabatek (U. Zürich, Suiza); Fernando M. Manrique (UGR); José Luis Pardo (U. Complutense de Madrid); Paulina Rivero (UNAM, México); Johannes Rohbeck (U. de Dresden, Alemania); Miguel Villamil (U. de San Buenaventura, Colombia).

Título original: *Sexistence*, Paris, Galilée.

© Éditions Galilée 2017

© JEAN-LUC NANCY

© MIQUEL BARCELÓ, por el frontispicio

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

© de la introducción y traducción: CRISTINA RODRÍGUEZ MARCIEL y JORDI MASSÓ CASTILLA

ISBN: 978-84-338-6713-1 Depósito legal: Gr./776-2020

Edita: Editorial Universidad de Granada.

Campus Universitario de Cartuja. Granada.

Telfs.: 958 24 39 30 – 958 24 62 20

web: editorial.ugr.es

Maquetación: Raquel L. Serrano / [atticusediciones@gmail.com](mailto:atticusediciones@gmail.com)

Diseño de cubierta: Josemaría Medina

Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

## Introducción

«*Archivida*». Vida antes de la vida

*...y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir.*

Miguel de Cervantes

*Sentí, al verla, ese deseo de vivir que vuelve a nacer en nosotros  
cada vez que de nuevo tomamos conciencia de la belleza y de la felicidad.*

Marcel Proust

Miguel de Cervantes está en su lecho de muerte. El 18 de abril de 1616 había recibido la extremaunción, pero al día siguiente redacta una dedicatoria para *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. La dedicatoria está dirigida a su protector y amigo, Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos; y, en ella, Cervantes, «puesto ya el pie en el estribo», comienza diciéndole que se apresure, que se dé prisa si quiere llegar a tiempo, y que desearía ponerle «coto a la muerte» para poder verlo antes de morir: «El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir». Unas «ansias» que «crecen» y que, aun siendo las de la muerte, dan testimonio de ese deseo de vivir sobre el que se lleva la vida, un deseo de vivir que se manifiesta como *pujanza*, como fuerza de crecimiento y de intensificación ince-

sante, como una «aprobación de la vida hasta en la muerte». En *Sexistencia*, Jean-Luc Nancy nos recuerda que la «aprobación de la vida hasta en la muerte» es la definición que George Bataille ofreció del erotismo. Por eso mismo, «deseo de vivir» es lo que también expresa estar sintiendo el narrador proustiano del otro exergo cuando, al inicio de la segunda parte de *A la sombra de las muchachas en flor*, el tren en el que viaja se detiene en una de las estaciones del trayecto que debe conducirle a la población que él llama «Balbec», en la costa normanda, y puede contemplar a una muchacha, por la que inmediatamente se siente fascinado, que camina a lo largo del convoy ofreciendo a los viajeros un poco de café: «coloreado por los reflejos matinales, su rostro era más rosado que el cielo». Con estas dos «intrusiones literarias» queremos acompañar y remedar el constante gesto de Nancy en este libro que presentamos, para dejar que transite también aquí otro deseo, otro deseo que, si bien no es el mismo, acaso se alimenta de él, o es una de sus variaciones o variedades: «el *deseo de decir* lo que el deseo expresa o experimenta más allá de las palabras». Deseo *de* la escritura en su doble genitivo, objetivo y subjetivo.

*Sexistencia* tiene un peculiar estatuto en la obra de su autor. El tema del que trata, en primera instancia y para un lector ocasional, podría parecer novedoso dentro de su producción. Sin embargo, a nuestro juicio, este libro es la pieza clave que faltaba para entender *après coup* y con mayor precisión el itinerario intelectual de Jean-Luc Nancy. De algún modo, este libro recapitula y prosigue toda su filosofía iluminándola desde su inicio, marcando al mismo tiempo con su aparente novedad una suspensión en su continuidad. El lector habitual, aquel que haya estudiado de modo más perseverante el pensamiento de Nancy, recibe tras su lectura el impacto de pensar que, finalmente, todo tenía «sentido» sin constituir *un* sentido, sin proporcionarlo, sin que ese sentido quedara integrado en una estructura, sistema, jerarquía u orden. No hay sentido del sentido, ya lo sabíamos desde hace tiempo, puesto el sentido es una de las viejas preo-

cupaciones de Nancy: «El sentido propiamente dicho (es decir, siempre impropiaemente) está en su raptó, en su sublevación, en su rebelión contra toda asignación en una forma estable y en una significación». No hay sentido del sentido, pero sí hay «deseo de sentido». La existencia *es* ese deseo de sentido, explica Nancy en este libro; o, mejor aún, la existencia es deseo *tout court*. El deseo es entonces esa pieza clave que faltaba, sobre la que ahora hay que explicarse y cuya elucidación requiere de un nuevo «concepto» operativo hasta ahora no explicitado e intrínsecamente relacionado con ese «deseo», puesto que de lo que se trata siempre es del *origen* del deseo en su carácter de surgimiento, intensificación y multiplicación, del «deseo del deseo» («de Platón a Hegel, a Nietzsche y hasta nosotros, el deseo se muestra siempre deseo del deseo») que habría recorrido el trabajo de Nancy de principio a fin sin determinarse, y que ahora va a recibir en este libro el nombre de «pujanza», en francés, «*poussée*». Toda una parentela semántica está relacionada con esta palabra. En primer lugar, y de manera más relevante por su sólida tradición filosófica, la palabra «pulsión» (para empezar, y en alemán, antes de ser el de Nietzsche y el de Freud, «*Trieb* había sido, en concreto, el término usado por Kant para designar la tensión inherente de la razón hacia lo incondicionado»). «Palabra tremenda» que dice, a la vez, pulsación, impulsión, expulsión, compulsión, pulsar, pulso, empuje...

¿En qué consiste ese origen del deseo que ahora se llama «pujanza»? Pujanza, explica Nancy, no es sino «el existir —*eksistír*, *existir*—, visto en su carácter de surgimiento y de multiplicación, de origen no determinable fuera de su propia apertura». Se trata de una fuerza originaria y diferencial que sin embargo no preexiste a la existencia, sino que «fuerza y forma en el existir su arrojo», su levantamiento y su diferenciación, puesto que el origen es «el levantamiento o la elevación (*orior*) no precedido por nada, ni siquiera por una noche, puesto que con este levantamiento o con esta elevación se inaugura el reparto de los días y de las noches, de la luz y la oscuridad».

Podemos entender ahora con más acuidad el modo en que la ontología del «ser singular plural» que Nancy se ha esforzado en proponer a lo largo de los años no apuntaba sino a una «energética», a una energética que no sería en absoluto la de una supuesta y misteriosa fuerza «vital», sustancialista, pura e informe, sino a una *energeia* en el sentido griego de la palabra, una fuerza «de puesta en marcha o de activación, sin embargo, no por completo actualizada ni concluida», una *energeia* que se manifiesta como una dinámica procesual puesto «que retiene en sí siempre la *dynamis*, la “potencia” misma no limitada al “potencial”, sino efectiva en su ejercicio». Diríamos, entonces, que «pujanza» alude acaso a una suerte de «efecto» sin causa, cuya productividad se sustrae a toda causalidad productiva y a cualquier finalidad. «Pujanza» expresa meramente la fuerza en su mismo carácter diferencial. No hay sino diferencias de fuerzas. Una energética entonces que engloba, a la vez, la fuerza y sus efectos, fuerza que, más allá de la oposición entre actividad y pasividad, es una fuerza «realizativa» *différente*, productora de las diferencias, de los procesos y de la multiplicidad que difieren cualquier intento de constitución y de consistencia, en primer lugar, de la propia fuerza sustancialista, pura e informe. Con «ser singular plural» se trata, en consecuencia, de una ontología procesual, diferencial y relacional cuya «pujanza», cuya fuerza diferencial y de relación, hace de ella una ontología que nada tiene que ver con las ontologías sustancialistas que han predominado en la tradición occidental y cuya deconstrucción, antes de ser la de Derrida, ya hemos visto pergeñarse en Nietzsche y Heidegger<sup>1</sup>. «Ser singular plural» pone en evidencia el modo en

1. No en vano a Nietzsche le debemos el pensamiento de una «fuerza» no sustancialista que jamás puede ser entendida como la fuerza misteriosa y sustancial de un vitalismo, puesto que no se trata de «fuerza vital», ya lo hemos dicho, sino de un «proceso» no causalista ni finalista, de una intensificación procesual acaso semejante a su concepción de la vida como voluntad de po-

que los seres jamás hemos tenido que ver con «el ser» en modo sustantivo, sino con ser, en el modo verbal que dinamiza la acción y la pasión.

Del mismo modo que no hay «el ser», no hay «el *com*», nos recuerda Nancy en *Sexistencia*, solo la preposición «*avec*» con la que, en su lengua, se vio obligado a intentar hacer olvidar el concepto de «comunidad»<sup>2</sup> que él mismo fue tan pionero en proponer como rápido en cuestionar. Ese cuestionamiento venía dado en primer lugar, y entre otras razones que aquí no podemos detenernos a mencionar, porque enseguida fue entendido como un concepto dependiente de la política. Y nuestra «comunidad», según las tesis de Nancy, depende de la ontología y no de la política, y cuando depende de esta última solo lo hace de una manera derivada con respecto a la primera, porque nuestro *ser-con* es antes que nada «relación». Esa «relación» es la que durante años Nancy se ha esforzado en elucidar y *Sexistencia*, insistimos, es una pieza clave en su comprensión.

---

der, de la vida como «fuerza» de crecimiento y de intensificación incesante. A Heidegger, bien es sabido, le debemos la posibilidad que nos permite pensar en una «ontología diferencial» en la que el sustantivo «ser» es sustituido por el verbo «ser», tal y como propone Heidegger en la versión, según Nancy, «más rara, pero, a buen seguro, la más convincente, de su deconstrucción de la ontología». «Si, además, consideramos ese verbo, a pesar de la gramática, como transitivo (algo que propone también Heidegger), desplazamos de manera muy sensible el concepto del ser, como aquello que es, hacia la idea de que eso que es, sea lo que fuere, no es «eso» que es en el sentido de una atribución (yo soy un animal hablante), sino en el sentido de estar recibiendo la acción, la pulsión o el envío de ser (de existir)».

2. Es sobradamente conocido que a partir del trabajo de Jean-Luc Nancy, *La comunidad desobrada* (también titulado *La comunidad inoperante*), publicado a principios de los años ochenta, se comenzó a tejer una amplísima red de pensamiento que configuró lo que entonces se dio en llamar un «comunitarismo específicamente eurocontinental» para distinguirlo del comunitarismo anglosajón que comenzaba a centrar por entonces el debate de la teoría política.

En un opúsculo publicado en 2001, titulado *El «hay» de la relación sexual*, y que fue un escrito de circunstancia<sup>3</sup>, Nancy abordaba la relación sexual como paradigma o como «conexión de la relación en general». La relación sexual aparecía ya entonces como un pleonasma de esa «relación en general». En ese librito ya se anticipaba que la relación sexual abre una categoría diferente tanto de las cosas como de las significaciones y que, en consecuencia, la «relación» que abre no puede reducirse a un estado, a una sustancia, a un término. Y lo que la relación sexual abre, como paradigma de la relación en general, es, sencillamente, un orden del «sentido» que ya no es del orden de las significaciones. Como si aquel libro de entonces hubiera sido un preliminar de lo que aquí se aborda, supimos que «el sexo siempre designa lo inconmensurable», que la relación sexual llama a lo «otro» sin nombrarlo en la medida en que es inconmensurable, precisamente, y que toda relación depende de la heterogeneidad y de la heteronomía de los inconmensurables que entran en relación. Nancy vuelve a recordárnoslo en *Sexistencia*: lo «otro» aquí no implica altruismo, sino que se refiere a lo que hace «salir a lo mismo de su agujero negro, de su compacidad maciza privada de toda presencia, pues la presencia para presentarse debe *venir*. Y para venir debe ser enviada, dirigida, expedida. Lo llamamos existencia».

Y es, en este punto, donde Nancy da un paso más o, mejor, donde de algún modo se remonta hacia el «origen» de esa relación. Si el sexo hace que carezcamos de origen impidiendo que seamos «originarios» por nosotros mismos, entonces el sexo es lo que *fuerza*, con una violencia archioriginaria, la posibilidad

3. La primera versión del texto fue una conferencia dictada el 6 de mayo de 2001, por invitación de la *École lacanienne de psychanalyse*, con motivo del centenario del nacimiento de Lacan. El tema del encuentro fue: «No hay relación sexual». El propio Nancy confiesa que se sirve de ese pretexto para exponer sus propias tesis sobre la «relación».

de constitución de lo mismo. Se trata de pujanza, de fuerzas que empujan y que resisten. «Sentimos *fuerzas*, eso es todo», oiremos decir aquí a Flaubert. Pujanza, pulsión, impulso, tracción, propensión, crecimiento, ascenso, «algo del orden del *vigor* que constituye el primer sentido de *vegere* latino que habrá hecho crecer a nuestro *vegetab*». Algo del orden del «*vis*» latino, podríamos añadir nosotros, potencia e ímpetu, y también algo del orden del «*vigere*», esto es, de lo que está lleno de vida y de fuerza, de lo natal, de lo que está siempre en *statu nascendi*. La pujanza es, en definitiva, «la vida antes de la vida, una *archivida* que no deja ningún archivo puesto que no tiene lugar sino saliendo de nada y para nada, saliendo por salir. Cada palabra está aquí de más, puesto que eso sale de nada, de la cosa en cuanto se empuja por sí misma a ser». El sexo reclama aquí su lugar porque «está en continuidad con la vida, con el animal, con el vegetal y ¿por qué no con el pulsar?», se preguntará Nancy. Podemos entender ahora su antigua obsesión por las interminables listas de cosas yuxtapuestas (siempre se trata de *struction*<sup>4</sup>, esto es, de aquello a lo que apunta el verbo latino *struo*, reunir, apilar, amontonar..., contigüidad y copresencia sin principio de coordinación), una compleja combinatoria en la que la existencia no solo es la de «lo vivo», sino la de todos «los entes», desde los dioses hasta los clavos, la piedra, el ladrillo o el soplo, puesto que todo ello da testimonio de la energética del ser. Cada existencia y, con ella, el mundo en su totalidad no nace para la muerte sino de ella (de una muerte que no es un origen, puesto que, como ya se ha dicho, un origen sin origen es responsable del reparto entre vida y muerte). «Archivida» nombra la vida que se levanta sin excluir la muerte, la enfermedad, lo accidental e imprevisible, todo lo que no estando vivo es intrínseco a la vida, algo a lo que Derrida, aunque no es este el lugar para desarrollarlo sino

4. Jean-Luc Nancy, « De la struction » en Jean-Luc Nancy & Aurélien Barrau, *Dans quel mondes vivons-nous ?*, Paris, Galilée, 2011.

solo para recordarlo, se refirió con el singular sintagma de «la vida la muerte». En definitiva, explica Nancy, «la vida sale de la materia no viva», esto es, de un «momento extraordinario de *ex nihilo*», cuya complejidad no «produce» lo que sin embargo «fuerza»: «el ser vivo autoafectado, relacional, nutricional y reproductivo, que surge de nada-vivo y en nada-vivo (que no está sin embargo ni muerto, por supuesto, ni siquiera inerte)».

La «archivida»<sup>5</sup> que titula esta introducción traduce la palabra francesa «*archivie*» y está entre comillas porque es una cita, una cita que hemos extraído de *Sexistencia* y una cita de algo así como de un «poema» de Nancy en el que ese término aparece por vez primera en su trabajo, un neologismo con el que expresa no pretender abordar nada que tenga que ver con el origen de la vida ni con su arquitectura, sino con la vida arquitecta, con una vida que engendra vida con la fuerza imperativa y soberana de lo que llega a la existencia, con la pujanza de lo que brota, empuja, se levanta, salta de donde no se puede, esto es, salta de lo imposible mismo, porque ningún «poder» la ha precedido, ni plan, ni elección, ni causa necesaria; y cuyo «archi» fragiliza y hace perecer el «archi» mismo. La «vida» o, mejor, la vida de la vida tiene en *Sexistencia* un singular protagonismo, aquí, al igual que «ser» (del que, como ya dijera Nietzsche, no tenemos ninguna otra representación más que «vivir»), deja de entenderse en su sentido sustancial para entenderse en sentido verbal. La vida no es sino el complejo proceso sin producción al que estamos arrojados, y cuya pujanza se manifiesta en lo vivo en forma de deseo. Como vimos al inicio ya no se trata entonces de un deseo «de» algo, esto es, de un deseo que pudiera expresarse como libido, como hambre, como saber, como sentido, como sueño... sino del deseo del deseo, del origen del deseo que está en una fuerza predominante y soberana que se remonta a muy

5. Jean-Luc Nancy, *Archivida. Del sintiente y del sentido*, edición a cargo de M. Bardet, V. Buló, Buenos Aires, Quadrata, 2013.

atrás en el tiempo. Los griegos lo llamaron *physis*, esa *physis* cuyo sentido quiso ampliar Heidegger, llevándola hacia su sentido originario y pre-oposicional, para salvarla de su caída en la «naturaleza» y llevarla más allá de la vida biológica, refiriéndose con ella a la «fuerza soberana» de lo que acontece, de lo que nace, de lo que brota y de lo que crece; y que ya no es la que, en un sentido tardío y derivado, aludirá a la naturaleza objetiva de las ciencias naturales y que se opone a *nómos*, *techné* o *thésis*. Los griegos también denominaban *physis* al sexo, dice Nancy, un «sexo» que no es una sustancia, ni un sujeto, ni siquiera una naturaleza, sino que «es, precisamente, aquello con lo que la propia naturaleza, si es que algo así existe, participa en un juego de pujanzas que exceden la pujanza del simple ser vivo».

Concluyendo esta introducción nos hemos dado cuenta de que apenas hemos hablado de sexo, pero acaso este libro no trata de sexo...

Cristina Rodríguez Marciel

Jordi Massó Castilla

## Prefacio a la traducción española de *Sexistence*

Para saludar a mis amigos y agradecerles que hayan traducido y editado este libro en español, me parece necesario ofrecer, por lo menos, una cita en esta lengua que no hablo. Sin ningún pudor, robo, para la ocasión, dos versos de María Gertrudis Hore:

*mis caprichos se rinden a tu ruego,  
ya en mí no hay voluntad, pues te la entrego*<sup>1</sup>

Renuncia a la voluntad, esto es, a lo que nos permite retirarnos del flujo de las cosas y presentarnos como una identidad distinta.

Por supuesto, el vínculo del sexo con la generación hace que el deseo y el acto sexual se vuelquen hacia el impulso de la especie, hacia una reproducción intrínsecamente ajena a cualquier producción. Pero esta función no se limita a la concep-

1. De un artículo y en una traducción de Beatriz Onandía, <https://preo.u-bourgogne.fr/textesetcontextes/index.php?id=1983#ftn19>  
En español en el original. Nancy ofrece en su texto la traducción francesa de estos versos : « mes caprices s'abandonnent à tes prières, / il n'y a aucune volonté en moi, car je te la confie entièrement ».

ción de los hijos: la relación sexual reproduce la propia relación como razón de ser de la multiplicidad. De este modo, podemos constatar que la relación sexual es un doble del lenguaje y que cada uno de ellos reinterpreta al otro en un plano diferente. Son los dos planos del sentido: el sexo siente lo otro en su intimidad inalcanzable, el lenguaje afecta a lo otro ahí donde no se comprende a sí mismo.

Lo «otro», en estas condiciones, no es lo que se distingue de lo mismo: lo «otro» conforma lo mismo, lo mezcla consigo dándole la posibilidad de ser «él mismo o ella misma» exactamente ahí donde lo otro se entrega. Poco importan los géneros de lo mismo: son otras tantas variaciones sobre el tema de la ineffectividad de lo uno. Lo que quiere decir también que son otras tantas variaciones sobre el tema de goce (me he dado cuenta de que en español existen las palabras «alegría» o «regocijo»<sup>2</sup>: ¡quiero las dos!).

Jean-Luc Nancy, mayo 2020

2. En español en el original.

*(Agradezco las lecturas y consejos de Cécile Bourguignon, Rosaria  
Caldarone, Ariane Chottin, Zeynep Direk, Mathilde Girard,  
Juan Manuel Garrido y Hélène Nancy)*

## Preliminares

*de nada como de eso, cuanto más gozamos de ello  
más nos alcanza una fatal concupiscencia*<sup>1</sup>

### A

#### ¿Fatalidad?

Los preliminares son inseparables de todo tipo de sexo: nos acercamos, nos contemplamos, nos olemos, nos dejamos rondar, rozar, acariciar, halagar, regalar en los diversos sentidos de la palabra. Los latinos tenían un término, *blandiri*, que las lenguas latinas conservaron durante mucho tiempo, en el que la caricia se mezcla con la palabra, haciéndose la una a la otra y queriendo ambas confundirse sinuosamente en el silencio del

1. Nancy escribe en francés: « *de rien autant que de ça plus nous en jouissons plus nous en vient fatale concupiscence* », indicando que se trata de una adaptación libre de « *Unaque res haec est, cuius quam plurima habemus / Tam magis ardescit dira cuppedine pectus* », Lucrecio, *De natura rerum*, IV, 1089-1090 [*De la naturaleza*, edición bilingüe, texto revisado y traducido por E. Valentí, CSIC, Madrid, 1997]. Y ofrece tres traducciones francesas: « *C'est le seul cas, en effet, où plus nous possédons, plus notre cœur s'embrasse de*

beso. Montaigne se refiere a las «*inmoderadas y encantadoras blanduras de la voluptuosidad*»<sup>2</sup>.

Pero se da el caso de que siempre queremos ir más allá y de que, sin anticipación ni precaución, vamos derechos al objetivo: algo que no ocurre, empero, sin que esta trasgresión constituya ya, por sí misma, un acercamiento a modo de desafío, como una manera soberbia de declarar que podemos y que queremos prescindir de los preliminares. Designamos así mucho mejor el umbral al que aluden, pues los *liminares* dependen del umbral, se construyen en el umbral, y lo que los precede debe disponer y preparar el acceso al umbral. Las «blanduras» y los besos no solo preparan un acceso, sino que lo incitan, lo ponen a prueba, lo anticipan incluso.

Por lo tanto, los preliminares forman parte ya de aquello a lo que preceden, preparan, difieren y adelantan al mismo tiempo. Es el caso, al menos, de los preliminares sexuales, pero habría que examinar si eso mismo no vale ya para cualquier preliminar y si no se trata siempre de una modulación de ese carácter que se hace notar, con mayor propiedad, en el sexo: una anticipación que no solo insinúa, sino que precede o reviste el carácter precoz de un goce prematuro con respecto a un coito culminado.

---

*désirs furieux* » (tr. fr. A. Ernout) [«Es el único caso, en efecto, en que cuanto más tenemos, más se abraza nuestro corazón de furiosos deseos»]; «*et c'est bien le seul cas où plus nous possédons, / plus notre cœur brûle d'un funeste désir* » (tr. fr. J. Kany-Turpin) [«Y este es el solo caso en que cuanto más tenemos, / más se enciende nuestro corazón de tan funesto deseo»]; «*de cette chose seule on voit que plus on a / et plus vous ard le cœur son funeste désir* » (tr. fr. B. Pautrat, citada de nuevo más adelante) [«solo de esto vemos que cuanto más se tiene / más arde en el corazón su funesto deseo»].

2. Montaigne, *Essais*, III, 7 [*Los ensayos*, trad. J. Bayod, Barcelona, Acantilado, 2007]. En adelante, y como deferencia al lector, ofreceremos, cuando la hay, una edición publicada de la traducción al español de los libros citados por Nancy, no obstante, todas las traducciones que aparecen en este libro

Queda por saber lo que sería exactamente esa culminación en cuestión: ¿la posibilidad de fecundación?, ¿la de un goce compartido? ¿En qué clase de finalidad, de destino, de extravío o de confusión nos hallamos?

Estamos, en realidad, en el punto crucial de lo que llamamos «el sexo»; no las diferencias de sexos, ni las sexualidades diferentes, sino el sexo en sí mismo, es decir, como acto y no como órgano o función. Porque algo tiene lugar (de la manera que fuere, como relación o como expectativa, como goce o como decepción), porque algo anhela tener lugar, porque algo anhela que se lo haga no como una necesidad que debiera ser satisfecha, sino como pujanza, como un empuje que se ejerce, como una excitación que se excita, se exalta y se exaspera; y, a decir verdad —no diciendo quizás ya nada—, *se existe, sexiste*: se levanta y se propulsa en la existencia como uno de sus más enérgicos motivos; y, sin embargo, después de todo, el menos necesario, el más excedente (cuando no extenuante, incluso).

*El órgano acoge, por tanto, la diferencia de lo ajeno en mi cuerpo y es siempre el órgano de mi merma progresiva; y esto es una verdad tan originaria que ni el corazón, órgano central de la vida, ni el sexo, primer órgano de la vida, podrían escapar a ella. [...] El verdadero hombre no tiene sexo pues él debe ser su sexo. En cuanto el sexo se hace órgano, se me vuelve ajeno, me abandona para adquirir así la autonomía arrogante de un objeto hinchado y pleno de sí. Esta hinchazón del sexo que se ha vuelto un objeto separado es una especie de castración. [...] El órgano es el lugar de una merma progresiva porque su centro tiene siempre la forma de un orificio. El órgano funciona siempre como una desembocadura<sup>3</sup>.*

---

son nuestras y han sido realizadas directamente del francés para continuar con el hilo argumental que Nancy va desarrollando [nota de los traductores].

3. Jacques Derrida, *L'Écriture et la Différence*, Paris, Le Seuil, 1967, p. 279-280 (se trata de un comentario sobre Artaud). [*La escritura y la diferencia*, trad. P. Peñalver, Barcelona, Anthropos, 1989]

El punto crucial es, precisamente, que el sexo sea una exigencia y un exceso, que su requerimiento nunca saciado —pues no está destinado a serlo— se anuncie en la complejidad de la palabra *dira*, tal y como la emplea Lucrecio: término de augurio, que designa un presagio funesto, pero también la potencia de un furor. Un furor en sí mismo fasto y nefasto, augurio de favor y de pavor puesto que —esto es lo que Lucrecio desarrolla— lo que apacigua al furor lo desata de nuevo y, así, se encuentra siempre en su propio umbral. Es su fatalidad:

*Se hace fácil saciar el deseo de agua y de pan.  
 Pero del rostro humano y de una bella tez,  
 el cuerpo, para gozar de ello, no tiene sino tenues simulacros<sup>4</sup>,  
 mísera esperanza que el viento a menudo arrastra.  
 Como un sediento que, en sueños, anhela beber y no encuentra la  
 agua  
 para apagar el ardor de su cuerpo; corre tras los simulacros de fuentes  
 y en vano se afana y muere de sed en la mitad del torrente en el que  
 está bebiendo;  
 así en el amor Venus engaña con simulacros a los amantes;  
 ni sus ojos se sacian de contemplar el cuerpo querido,  
 ni sus manos pueden arrancar la más fina película de los tiernos  
 miembros,  
 que recorren inciertos en errabundas caricias.  
 Finalmente, cuando, enlazados los miembros, gozan de la flor de  
 la vida  
 y el cuerpo presente el placer que se acerca  
 y Venus se aplica a arrojar la semilla en el campo de la mujer,  
 entonces se aprietan con avidez, unen las bocas,  
 el uno respira el aliento del otro, los dientes contra sus labios; todo  
 en vano:  
 pues nada pueden arrancar de allí, ni penetrar en el cuerpo ni fun-  
 dirlo con el suyo.*

4. Esta palabra se refiere aquí a las imágenes que se despegan en finas películas de los objetos para llegar a tocar nuestros ojos. Tres versos más tarde la palabra toma el sentido de imagen irreal [*illusion*].